

# Del amor al amar: una nota sobre la poesía de Juan Gelman

de Aldo García Ávila in El Preso n. 9, 31 de octubre 2011

Hacia 1968, Juan Gelman, en Los poemas de Sidney West, acuñó uno de los verbos que habrían de ser más recurrentes en su poesía: amar. Esta palabra se ha vuelto un lugar común al momento de referirse a su poesía, por ejemplo, el poeta Eduardo Hurtado, en un artículo titulado “Contra la pura muerte”, del 2000, propone la siguiente interpretación:

Amorar no es cosa fácil. El que amora camina por el filo de la pérdida, debe asumir las fatigas que acarrea la persistencia en el amor. Con este verbo esencial el poeta rechaza las comodidades de la sinonimia. Amar no es querer. Amor no es cariño. El amar de Juan Gelman traza el mapa puntual de sus obsesiones: la poesía, la mujer, el erotismo, los compañeros caídos por una esperanza, el barrio y la niñez, dios y su ausencia, la patria y la intemperie, la belleza, todavía, de este mundo. También es el núcleo de un contralenguaje alzado para enfrentar las calamidades que lo abruman: la injusticia, el olvido, el silencio obligatorio, la derrota, las cucharadas del señor Scott, la “barbaridad” de la tristeza, la perradura del vivir. Amorar, sin embargo, no es el fuero de nadie: aunque hay quien vive y muere sin conocer sus claves (“dar lo que no se tiene, recibir lo que no se da”), el verbo implica un sentimiento que pertenece a todos los tiempos y lugares –y en esta zona compatible se humana la poesía de Juan Gelman.

Si bien es cierto que la aportación de Eduardo Hurtado la lleva a cabo desde la literatura, también es cierto que poco dice acerca del verbo amar, en virtud de que si en dicha palabra caben las obsesiones de Juan Gelman, esto es, “la poesía, la mujer, el erotismo, los compañeros caídos por una esperanza, el barrio y la niñez, dios y su ausencia, la patria y la intemperie, la belleza, todavía, de este mundo”, todas estas obsesiones pueden caber en otros verbos acuñados por el poeta, como emperrar, encenizar, aternurar, entre otros. Más específicamente, Hurtado no nos dice qué hay en amar que no hay en el resto de los neologismos que hace Juan Gelman, dado que, como ya lo mencioné, en la cita caben todas (y ninguna) de las acuñaciones que él elabora.

Más interesante que la argumentación literaria –en la que potencialmente caben todas las interpretaciones– es revisar la palabra en su contexto natural:

“pies que piensan en vez de alar o cómo/  
sería el mundo el buey lo que se hija/  
si no nos devoráramos/  
si amorásemos mucho” decía mecha vaughan

“si fuéramos o fuésemos/como rostros humanos/  
empezando de a dos/  
completos en el resto” decía mecha derrumbándose  
finalmente en el suelo

un día pasó lo que sigue:  
pájaro de voz tenor que la amoraba mucho

antes de ser devorado del todo  
plantó un arbolito en su alma

En una cosa estoy de acuerdo con Eduardo Hurtado: amarar no es amar ni tampoco es cariño (sobre todo porque el primero es un verbo y el segundo un sustantivo), pero tampoco es enamorar. Y para proponer un valor semántico hay que partir de las propiedades de cada una de estas piezas léxicas:

(1) Calixto era una ninfa consagrada a la virginidad y se pasaba la vida cazando en el bosque con el grupo de compañeras de Artemisa. Zeus la vio y la amó, convertido en la figura de Artemisa, pues Calixto rehuía a los hombres. [CREA, Julieta Fierro, Los mundos cercanos, astronomía, México, 1997].

(2) Whorf amó desde niño las adivinanzas y las charadas; no es extraño que en sus años de madurez haya intentado descifrar los jeroglíficos mayas. [CREA, Octavio Paz, Sombras de obras, arte y cultura, México, 1996].

(3) Antes de que lo expulsaran por primera vez de la preparatoria. Iba a un buen colegio, el “Amsterdam”. Eso fue hace cinco años más o menos. El muy idiota se enamoró de una de sus profesoras. [CREA, Carlos Cuauhtémoc Sánchez, Un grito desesperado, novela, México, 1992].

(4) Un año antes de morir, Jean Paul se enamoró de la tía Luisa y le declaró su amor entre las malezas tropicales, a la vista de aduaneros espías que visitaban el pabellón. [CREA, Fernando del Paso, Palinuro de México, novela, México, 1977].

(5) El senador que vino a verme a Nápoles bebió más whisky, enamoró más aeromozas, secretarias de la embajada y gastó más fondos de los socios que cualquiera de los nueve congresistas tomados en su conjunto... [CREA, Francisco Alonso, El imperio de las drogas, negocios, México, 2003]

(6) Luis del Olmo enamoró a Mercedes con su romántica “Noche de ronda”. Luego la hizo su esposa y acabó siendo una especie de Flautista de los ondas de la radiodifusión española. [CREA, Lorenzo Díaz, La radio en España, España, 1993]

En el caso del verbo amar, los ejemplos en (1) y (2) permiten aventurar la hipótesis –y digo hipótesis, porque para afirmarlo se requeriría una mayor cantidad de ejemplos– de que la entidad que lleva a cabo la acción no necesita de la aquiescencia del destinatario. En (1) Zeus ama a Calixto sin que esta última se dé cuenta y, con ello, no es evidente su participación directa en la acción. Mientras que en (2), el lingüista Benjamin Lee Whorf dirige su amor hacia un objeto de su entorno, que difícilmente podrá corresponder su amor, debido la condición no humana ni animada del mismo. En el verbo amar un sujeto agente, con volición, dirige su amor hacia una entidad u objeto.

Por el contrario, enamorarse denota un evento en el cual la entidad que se enamora funge como sujeto paciente, es decir, entra en el evento de enamorarse de manera no voluntaria, en este sentido, no es necesario que la otra persona haga algo que favorezca al evento de enamoramiento, puede participar o no. En última instancia, quien se enamora es el sujeto paciente, mientras que en la contraparte que es el estímulo del enamoramiento puede también estar enamorada, pero no esta última no es una condición necesaria. Así pues, en (3) y (4), el enamoramiento ocurre sólo en “el muy idiota” y en “Jean Paul”, quienes son los sujetos pacientes del evento, mientras que “una de las profesoras” y “la tía Luisa” representan el estímulo que desencadena el amor, sin que dicho estímulo participe de manera directa en

el evento, esto es, llevando a cabo acciones que incrementen o favorezcan que, por ejemplo, Jean Paul se enamore.

En (5) y (6) al igual que en las primeras oraciones, está la presencia de un sujeto agente y, más específicamente, un causante, dado que tanto “El senador” como “Luis del Olmo” ocasionan algo que permite que la contraparte se enamore de éstos. La causa que produce este evento es más nítida en (6) y puede ser parafraseada de la siguiente manera:

(7) Luis del Olmo hace que Mercedes se enamoró de él con su [canción] romántica “Noche de ronda”.

Como resultado de la acción de Luis del Olmo, podemos afirmar que Mercedes está enamorada. Con base en esto, podemos proponer los siguientes valores semánticos:

- amar. Un sujeto agente siente/manifiesta su amor hacia otra entidad.
- enamorarse. Un sujeto paciente siente amor hacia una entidad la cual, además, funge como el estímulo que desencadena el amor.
- enamorar. Un sujeto agente causa que una entidad sienta amor por aquél

De esta manera, amarar, tomando como base construcciones verbales basadas en sustantivos abstractos –como honrar u odiar– produce el valor de “dar/manifestar amor”, semejante al de amar. Con base en esto, no parece existir mucha diferencia entre amar y amarar, salvo en lo que se refiere a la transparencia de la base, de tal forma que en amarar se transparenta el sustantivo base amor, lo que lleva a aventurar la hipótesis de que mientras en amarar es posible amar, en la acción de amar no necesariamente se encuentra amarar. Más específicamente, la oposición subyace a dar/manifestar el amor que una entidad siente, por un lado, y dar/manifestar el amor.

- Si Juan ama a María, entonces Juan le da su amor a María.
- Si Juan se enamora de María, entonces Juan está enamorado de María, pero María no necesariamente está enamorada de Juan.
- Si Juan enamora a María, entonces Juan hace que María se enamore de él.
- Si Juan amora a María, entonces Juan da amor a María, o bien Juan hace que María sienta amor.

De esta manera, en la acuñación de Juan Gelman tiene sentido, sobre todo si se toma en cuenta que no se trata de amar (que constituiría una acción agentiva), ni de enamorarse (que correspondería con una acción incoativa) o enamorar (una acción causativa). Más bien, la de dar amor, “a secas”:

(8) cómo [...] sería el mundo[,] el buey[,] lo que se hija si no nos devoráramos[,] si amorásemos mucho.

‘cómo sería el mundo, el buey, lo que se hija si no nos devoráramos, si diéramos mucho amor...’

(9) pájaro de voz tenor que la amoraba mucho [a Mecha Vaugham]

‘pájaro de voz tenor que le daba mucho amor [a Mecha Vaugham]’

Finalmente, y con estos hechos como telón de fondo, es posible argumentar en favor de las particularidades del amor de Juan Gelman, en el cual sí pueden caber todos los elementos a los que se refiere Eduardo Hurtado, pero no a la inversa. De ahí que, por ejemplo, el pajarito, además de amarla, ‘darle amor’, le planta un arbolito en el alma, esto es, siembra vida en Mecha Vaugham: no sólo le da amor, amora, sino que le da vida, que, más tarde dirá Juan Gelman en otro poema: vida.